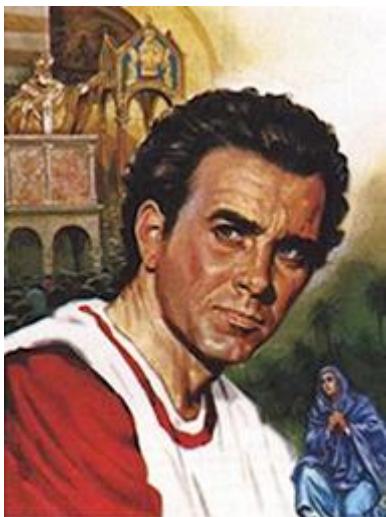


SAN AGUSTÍN



Nuestro colegio lleva el nombre en honor de san Agustín de Hipona. A pesar de su lejanía en el tiempo, fue llamado por el Nobel de Literatura R. Eucken "el primer hombre moderno" por sus ideas pedagógicas y el valor de la interioridad de la persona. En nuestro ambiente educativo podemos seguirle como discípulos en sus ideas pedagógicas pero, sobre todo, en su amor por la búsqueda de la Verdad.

Conocemos bien su persona porque nos dejó el libro de sus "Confesiones", que hace las delicias de los "curiosos en investigar vidas ajenas y son perezosos en corregir la propia." (Confesiones X, 3, 3). Agustín manifiesta el motivo por el cual las escribe: "Porque las confesiones de mis males pasados —que tú ya perdonaste y cubriste cambiando mi alma con la fe y el bautismo para hacerme feliz en Ti—, cuando son leídas y oídas, excitan al corazón para que no se duerma en la desesperación y diga: 'No puedo', sino que se despierte al amor de tu misericordia y a la dulzura de tu gracia por la que es poderoso todo débil que se da cuenta de su debilidad." Y para que me conozcan "otros que no me conocieron, que desean saber quién soy yo en este preciso momento en que escribo las Confesiones, los cuales, aunque me han oído algo o han oído a otros de mí, pero no pueden aplicar su oído a mi corazón, donde soy lo que soy. Quieren, sin duda, saber por confesión mía lo que soy interiormente, allí donde ellos no pueden penetrar con la vista, ni el oído, ni la mente." (Confesiones X, 3, 4).

Familia y nacimiento

Sigamos conociendo un poco mejor a Aurelio Augustinus, su nombre latino. Desde niño fue persona inquieta, de gran inteligencia, que buscaba e indagaba sobre la verdad de las cosas que salían a su encuentro. Así se define en sus Confesiones: "Guardaba con mi inteligencia la integridad de mis cinco sentidos y me deleitaba en mi pensamiento con la verdad de las pequeñas cosas. No quería que me engañosen, tenía buena memoria y me iba instruyendo con la conversación. Me gustaba tener amigos, huía del dolor, de la humillación y de la ignorancia. ¿Qué cualidad hay que no sea digna de admiración y alabanza? Pues todas estas cosas son dones de mi Dios, que yo no me los he dado a mí mismo. Y todos son buenos y todos ellos soy yo." (Confesiones I, 20, 31).

Agustín nace el 13 de noviembre 354, en Tagaste, ciudad del imperio romano en el norte de África (actualmente Souk-Ahras, Argelia), de clima agradable, circundada de bosques, viñas, olivos, tierras de cereales, frutas y pastos.

Su padre, Patricio, es descrito por Agustín como un hombre "por una parte sumamente cariñoso, por otra extremadamente colérico" (Confesiones IX, 9, 19). Pese a no ser cristiano, permitió la educación cristiana de sus hijos y él mismo se bautizó antes de morir, gracias a la oración, paciencia y perseverancia de su esposa Mónica.

Mónica, la madre de Agustín, era cristiana de carácter paciente y firme, tenaz y amable. En una sociedad típicamente machista tuvo que tolerar de su marido "las



injurias de sus infidelidades, jamás tuvo con él sobre este punto la menor riña, pues esperaba que tu misericordia [Señor] vendría sobre él y, creyendo en ti, se haría casto” (Confesiones IX, 9, 19). San Agustín narra cómo las amigas de Mónica se admiraban, “sabiendo lo feroz que era el marido que tenía, de que no hubiese nunca indicio de que Patricio maltratase a su mujer, ni siquiera un día hubiesen estado desavenidos con cualquier discusión, y le pedían explicación aprovechándose de la amistad”, Mónica les respondía que “no se oponía a su marido enfadado, (...) y sólo cuando le veía ya tranquilo y sosegado le hablaba de lo que había hecho”. (Confesiones IX, 9, 20). Mónica también hubo de ganarse a la suegra, inicialmente en contra, para terminar “viviendo las dos en dulce y memorable armonía” (Confesiones IX, 9, 22). Además de Agustín, Mónica tuvo, que conozcamos, un hijo llamado Navigio y una hija, Perpetua, que fue superiora de uno de los monasterios femeninos fundados por Agustín.

Mónica había enseñado a orar a sus hijos desde niños y los había instruido en la fe, de modo que Agustín de niño pidió el bautismo: “Tú viste, Señor, cómo cierto día, siendo aún niño, fui presa repentinamente de un dolor de estómago que me abrasaba y puso en trance de muerte. Tú viste también, Dios mío, pues eras ya mi guarda, con qué fervor de espíritu y con qué fe solicité de la piedad de mi madre y de la madre de todos nosotros, tu Iglesia, el bautismo de tu Cristo, mi Dios y Señor.” Mónica ya había iniciado los preparativos para el bautismo “cuando de repente comencé a mejorar. Y se aplazó mi purificación, juzgando que sería imposible que, si vivía, no me volviese a manchar y que el castigo de los pecados cometidos después del bautismo es mucho mayor y más peligroso.” (Confesiones I, 11, 17).

Primeros estudios

Comienza la educación primaria en Tagaste, acompañado de su hermano Navigio y de sus primos Rústico y Castidiano. Allí aprendió a leer, escribir y realizar ciertas operaciones matemáticas. Recuerda Agustín que sus padres le “pusieron a la escuela para que aprendiera las letras en las cuales ignoraba, infeliz de mí, lo que había de utilidad. Con todo, si era perezoso en aprenderlas, era azotado, sistema alabado por los mayores”, pero también encontró “hombres que te invocaban, Señor, y aprendimos de ellos a sentirte, en cuanto podíamos, como un Ser grande que podía, aun no apareciendo a los sentidos, escucharnos y venir en nuestra ayuda. De ahí que, siendo aún niño, comencé a invocarte como a mi refugio y amparo, y en tu llamada rompí los nudos de mi lengua y, aunque pequeño, te rogaba ya con gran afecto que no me azotasen en la escuela.” (Confesiones I, 9, 14). El reconoce que “pecaban escribiendo, o leyendo, estudiando menos de lo que se exigía de nosotros. Y no era ello por falta de memoria o ingenio, que para aquella edad me los diste, Señor, abundantemente, sino porque me deleitaba el jugar, aunque lo mismo hacían los que castigaban esto en nosotros. Pero los juegos de los mayores se disculpaban con el nombre de negocios, en tanto que los de los niños eran castigados por los mayores. A no ser que haya un buen árbitro de las cosas que apruebe el que me azotasen porque jugaba a la pelota y con este juego impedía que aprendiera más prontamente las letras, con las cuales de mayor había de jugar más perniciosamente. ¿Acaso hacía otra cosa el mismo que me azotaba, quien, si en alguna cuestión era vencido por algún colega suyo, era más atormentado de la cólera y envidia que yo cuando en un partido de pelota era vencido por mi compañero?” (Confesiones I, 9, 15). Agustín de niño “no le gustaban las letras y odiaba el que obligasen a estudiarlas. Con todo, me obligaban y me hacían gran bien. Quien no hacía bien era yo, que no estudiaba sino obligado;



pues nadie que obra contra su voluntad obra bien, aun siendo bueno lo que hace.” (Confesiones I, 12, 19).

Agustín adolescente

Terminada la educación primaria con 12 años, se traslada a Madaura para continuar los estudios de secundaria. Agustín inicia el estudio del griego y todavía de adulto se pregunta: “*¿Cuál era la causa de que yo odiara las letras griegas, en las que siendo niño era imbuido? No lo sé; y ni aun ahora mismo lo tengo bien averiguado.*” Sin embargo, lo llegó a conocer de forma suficiente para consultar los textos de las Escrituras y corregir algunas traducciones al latín. Por el contrario, surge en él gran afición por la literatura latina aprendiendo pasajes enteros de los clásicos: Terencio, Plauto, Séneca, Salustio, Horacio, Apuleyo, Cicerón y el gran poeta Virgilio. “*Me agradaban las letras latinas con pasión, no las que enseñan los maestros de primaria, sino las que explican los llamados gramáticos; porque aquellas primeras, en las que se aprende a leer, y escribir y contar, no me fueron menos pesadas y enojosas que las letras griegas.*” (Confesiones I, 13, 20).

Las lecturas de los autores paganos excitaban las pasiones adolescentes de Agustín haciendo que la separación de la familia no fuese solo física sino también religiosa al alejarse de las enseñanzas cristianas de su madre. Cuando tenía 16 “*tuve que interrumpir mis estudios al regreso de Madaura, ciudad vecina, a la que había ido a estudiar literatura y oratoria, en tanto que se hacían los preparativos necesarios para el viaje más largo a Cartago, más deseo de mi padre que por la abundancia de sus bienes, pues era un muy modesto municipio de Tagaste.*” (Confesiones II, 3, 5). Patricio consciente del potencial intelectual de su hijo desea que continue sus estudios en Cartago, capital política y universitaria del norte de África.

Agustín es feliz con sus inesperadas vacaciones de más de un año dedicadas a las aventuras con sus amigos y dar rienda suelta a sus apetitos. Así lo recuerda: “*Hubo un tiempo de mi adolescencia en que ardí en deseos de hartarme de las cosas más bajas, y me asilvestré con varios y sombríos amores y se marchitó mi hermosura y me volví podredumbre ante tus ojos por agradarme a mí y desear agradar a los ojos de los hombres.*” (Confesiones II, 1, 1).

Mónica no deja de ejercer su misión educadora de madre: “*Ella quería –y recuerdo que me lo amonestó en secreto con grandísima solicitud- que no fornicase y, sobre todo, que no adulterase con la mujer de nadie. Pero estas reconvenciones me parecían mujeriles, a las que me hubiera avergonzado obedecer. Mas en realidad tuyas eran, Señor, aunque yo no lo sabía, y por eso creía que tú callabas y que era ella la que me hablaba, despreciándote en ella, yo su hijo*” (Confesiones II, 3, 7). Y continúa narrando Agustín: “*Era ciego que me avergonzaba entre mis compañeros de ser menos desvergonzado que ellos cuando les oía jactarse de sus maldades y gloriarse tanto más cuanto peor eran, queriendo hacerlas no sólo por el deleite de las mismas, sino también por ser alabado. Y cuando no había hecho nada que me igualase con los más perdidos, fingía haber hecho lo que no había hecho, para no parecer inocente y pacato.*” (Confesiones II, 3, 7). Pero se pregunta Agustín: “*¿por qué me gustaba no pecar solo?*”. Recordando el robo de las peras reconoce que “*yo solo no hubiera hecho nunca aquello, no; yo solo jamás lo hubiera hecho. Vivo tengo delante de ti, Dios mío, el recuerdo de aquel estado de mi alma, y repito que yo solo no hubiera cometido aquel hurto, en el que no me deleitaba lo que robaba, sino porque robaba; lo que solo tampoco me hubiera agrado en modo alguno, ni yo lo hubiera hecho. ¡Oh amistad enemiga en demasía, seducción inescrutable del alma,*



ganas de hacer mal por pasatiempo y juego, deseosa del daño ajeno sin provecho alguno propio y sin pasión de vengarse! Pero basta que se diga: 'Vamos, hagamos', para que se sienta vergüenza de no ser desvergonzado." (Confesiones II, 9, 17).

Agustín universitario

Gracias la generosidad de Romaniano, gran mecenas y amigo de la familia, con 17 años se traslada a Cartago (actual Túnez) para iniciar sus estudios universitarios. Así describe Agustín su estado de ánimo al llegar a esta ciudad: "Llegué a Cartago, y por todas partes crepitaba en torno mío un hervidero de amores impuros. (...) Buscaba qué amar amando el amar y odiaba la seguridad y la senda sin peligros, porque tenía dentro de mí hambre del interior alimento (...) Y por eso no se hallaba bien mi alma, y herida se arrojaba fuera de sí, ávida de restregarse miserablemente con el contacto de las realidades sensibles." (Confesiones III, 1, 1). Cartago contaba con foro, circo, anfiteatro y teatro donde se representaban espectáculos paganos contrarios a los valores cristianos. Agustín habla de su amor por ellos: "Me arrebataban los espectáculos teatrales, llenos de imágenes de mis miserias y de incentivos del fuego de mi pasión." (Confesiones III, 2, 2).

Un amor de juventud

Durante el primer año de estancia en Cartago, muere Patricio bautizado y viendo a su hijo encaminado en la carrera: "Tenían aquellos estudios que se llaman honestos o nobles por fin y objetivo los debates públicos y hacer sobresalir en ellos tanto más laudablemente cuanto más engañosamente. ¡Tanta es la ceguera de los hombres, que hasta de su misma ceguera se glorían! Y ya había llegado a ser el primero de la escuela de retórica y me gozaba de ello soberbiamente y me hinchaban de orgullo." (Confesiones III, 3, 6). Pero el corazón de Agustín continuaba inquieto "Amar y ser amado era la cosa más dulce para mí, sobre todo si podía gozar del cuerpo de la amante." (Confesiones III, 1, 1).

Y por fin llegó el amor de una cartaginesa "Porque al fin fui amado, y llegué privadamente al vínculo del placer, y me dejé atar alegre con ligaduras trabajosas, para ser luego azotado con las varas candentes de hierro de los celos, sospechas, temores, iras y contiendas." (Confesiones III, 1, 1). Agustín no revela el nombre de esta mujer con la que no se casó porque, según las costumbres de la época, el varón de condición social superior no podía casarse con una mujer de condición inferior, pero recuerda que le fue fiel: "Por estos mismos años tuve yo una mujer, no conocida por lo que se dice legítimo matrimonio, sino buscada por el ardor de mi pasión sin prudencia; pero una sola, a la que guardaba fidelidad en la cual hube de experimentar por mí mismo la distancia que hay entre el amor matrimonial con el fin de la procreación de los hijos y el amor lascivo, en el que los hijos nacen contra el deseo de los padres, aunque una vez nacidos se les quiere." (Confesiones IV, 2, 2). Un año después, fruto de su amor, nace un hijo no deseado al que pone el nombre de Adeodatus, que significa "regalo de Dios".

Búsqueda de la verdad

En el tránscurso de su carrera, con 19 años, lee el Hortensius de Cicerón, famoso orador y filósofo romano. En este libro Agustín descubre la filosofía como camino hacia la verdad. La felicidad del ser humano no está en la posesión de las cosas materiales, ni en el disfrute sensual, sino en el gozo de la verdad. "Me deleitaba en aquella exhortación porque me excitaba, encendía e inflamaba con su palabra a amar, buscar, lograr, retener y abrazar fuertemente no esta o aquella secta, sino la Sabiduría misma, estuviese donde fuese." (Confesiones III, 4, 8). En el camino hacia la verdad se



acerca a las Sagradas Escrituras, pero le “parecieron indignas de parangonarse con la majestad de los escritos de Cicerón. Mi hinchazón recusaba su estilo y mi mente no penetraba su interior. No percibí que las Escrituras eran así para hacer crecer a los pequeños; pero yo me desdeñaba de ser pequeño e, hinchado de soberbia, me creía grande.” (Confesiones III, 5, 9).

Esta experiencia lo lleva hacia la secta maniquea porque le prometen alcanzar la verdad por la sola razón. También le daban solución al problema del mal que tanto angustiaba a Agustín. “Yo ignorante me alejaba de la verdad, cuando me parecía que iba hacia ella, porque no sabía que el mal no es más que privación del bien hasta llegar a la misma nada. Y ¿cómo lo había yo de saber, si con la vista de los ojos no alcanzaba a ver más que cuerpos y con la del alma no iba más allá de los fantasmas? Tampoco sabía que Dios fuera espíritu y que no tenía miembros a lo largo ni a lo ancho, ni cantidad material alguna porque la materia no puede estar en todas partes como el espíritu, como Dios. También ignoraba totalmente qué es aquello que hay en nosotros según lo cual somos y con verdad se nos llama en la Escritura imagen de Dios (Gn 1,17).” (Confesiones III, 7, 12.). En esta secta permanece “Durante el espacio de tiempo de nueve años —desde los diecinueve de mi edad hasta los veintiocho— fuimos seducidos y seductores, engañados y engañadores, según la diversidad de nuestros apetitos; en público, por medio de aquellas doctrinas que llaman liberales; secretamente, con el falso nombre de religión, siendo aquí orgullosos, allí supersticiosos, y en todas partes vacíos. Buscando el aura de la gloria popular en los aplausos del teatro, los certámenes de poesía, las contiendas de coronas de heno, los juegos de espectáculos y la intemperancia de las pasiones.” (Confesiones IV, 1, 1).

En el 374, con 20 años de edad y terminados sus estudios superiores regresa a Tagaste donde su madre, mujer de fuerte convicción religiosa, no acepta a su hijo en casa por ser maniqueo y Agustín tiene que hospedarse en casa de Romaniano por algún tiempo: “Entre tanto, mi madre, fiel sierva tuya, lloraba en tu presencia mucho más que las demás madres suelen llorar la muerte corporal de sus hijos, porque veía ella mi muerte con la fe y espíritu que había recibido de ti. Y tú la escuchaste, Señor; tú la escuchaste y no despreciaste sus lágrimas, que, corriendo abundantes, regaban el suelo allí donde hacía oración. Porque ¿de dónde sino aquel sueño con que la consolaste, viniendo por ello a readmitirme en su compañía y mesa, ella que había comenzado a negarme ante la repugnancia y repulsa provocadas por las blasfemias de mi error?” (Confesiones III, 11, 19).

La fuerza de la amistad

Este año abre una escuela de retórica en su pueblo y también profundiza la relación con un amigo de infancia “el tiempo en que por vez primera abrí cátedra en mi ciudad natal, adquirí un amigo, a quien amé con exceso por ser condiscípulo mío, de mi misma edad y hallarnos ambos en la flor de la juventud. Juntos nos habíamos criado de niños, juntos habíamos ido a la escuela y juntos habíamos jugado. Pero entonces no era tan amigo como lo fue después, aunque tampoco después lo fue tanto como exige la verdadera amistad, puesto que no hay amistad verdadera sino entre aquellos a quienes tú unes entre sí por medio de la caridad, derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Rom 5,5). Con todo, era para mí aquella amistad —amasada con el calor de estudios semejantes— dulce sobremanera.” (Confesiones IV, 4, 7). Pero este amigo fallece: “¡Con qué dolor se entenebreció mi corazón! Cuanto miraba era muerte para mí. La patria me era un suplicio, y la casa paterna un tormento insufrible, y cuanto había comunicado con él se me volvía sin él crudelísimo suplicio. Le buscaban por todas partes mis ojos y no parecía. Y llegué a

oír todas las cosas, porque no le tenían ni podían decirme ya como antes, cuando venía después de una ausencia: «He aquí que ya viene». Me había hecho a mí mismo un gran lío y preguntaba a mi alma por qué estaba triste y me conturbaba tanto, y no sabía qué responderme. Y si yo le decía: «Espera en Dios», ella no me hacía caso, y con razón; porque más real y mejor era aquel amigo queridísimo que yo había perdido que no aquel fantasma en que se le ordenaba que esperase. Sólo el llanto me era dulce y ocupaba el lugar de mi amigo en las delicias de mi corazón.” (Confesiones IV, 4, 9)

Esta situación hace que Agustín regrese a Cartago como profesor de retórica acompañado de su familia y de Mónica su madre. Continúa con su búsqueda de la Verdad y escribe su primera obra que después se perdió: *Sobre lo bello y apto*. Las preguntas que nacen en su corazón no encuentran la respuesta: “En estos nueve años escasos en que les oí con ánimo vagabundo, esperé con muy prolongado deseo la llegada de aquel anunciado Fausto. Porque los demás maniqueos con quienes yo por casualidad topaba, no sabiendo responder a las cuestiones que les proponía, me remitían a él, quien a su llegada y una sencilla entrevista resolvía muy fácilmente y de modo clarísimo todas aquellas mis dificultades y aun otras mayores que se me ocurriera. Tan pronto como llegó pude experimentar que se trataba de un hombre simpático, de grata conversación y que decía más dulcemente que los otros las mismas cosas.” (Confesiones V, 6, 10) “Así que cuando comprendí claramente que era un ignorante en aquellas artes en las que yo le creía muy aventajado, comencé a desesperar de que me pudiese aclarar y resolver las dificultades que me tenían preocupado.” (Confesiones V, 7, 12).

Agustín escéptico

Desilusionado de encontrar la verdad en el maniqueísmo, cae en el escepticismo pensando que, si la verdad existe, no puede ser conocida porque no hay camino alguno para llegar a ella. En el año 383, a la edad de 29 años, Agustín decide cambiar de aires: “Mi determinación de ir a Roma no fue por ganar más ni alcanzar mayor gloria, como me prometían los amigos que me aconsejaban tal cosa —aunque también estas cosas pesaban en mi ánimo entonces—, sino la causa máxima y casi única era haber oído que los jóvenes de Roma eran más sosegados en las clases, gracias a la rigurosa disciplina a que estaban sometidos, y según la cual no les era lícito entrar a menudo y en tropel en las aulas de los maestros que no eran los suyos, ni siquiera entrar en ellas sin su permiso; todo lo contrario de lo que sucedía en Cartago, donde los escolares entran desvergonzada y furiosamente en las aulas y trastornando el orden establecido por los maestros para provecho de los discípulos. Cometen además con increíble estupidez multitud de insolencias, que deberían ser castigadas por las leyes, de no excusarles la costumbre, la cual los muestra tanto más miserables cuanto cometan ya como lícito lo que no lo será nunca por tu ley eterna, y creen hacer impunemente tales cosas, cuando la ceguera con que las hacen es su mayor castigo, padeciendo ellos incomparablemente mayores males de los que hacen. Así, pues, me vi obligado a sufrir de maestro en los demás aquellas costumbres que siendo estudiante no quise adoptar como mías. Y por eso me agradaba ir a Roma, donde los que lo sabían aseguraban que no se daban tales cosas.” (Confesiones V, 8, 14).

Embarcado para Roma, Mónica “lloró amargamente mi partida y me siguió hasta el mar. Pero hube de engañarla, porque me retenía por fuerza, obligándome o a desistir de mi propósito o a llevarla conmigo, por lo que fingí tener que despedir a un amigo al que no quería abandonar hasta que, soplando el viento, se hiciese a la vela. Así



engañé a mi madre y me escapé." (Confesiones V, 8, 15). Llegado "con toda diligencia había empezado a poner por obra el designio que me había llevado a Roma, y que era enseñar el arte retórico, comenzando por reunir al principio a algunos estudiantes en casa para darme a conocer a ellos y por su medio a los demás. Mas al punto advertí con sorpresa que los estudiantes de Roma hacían otras travesuras que no había experimentado con los de Cartago. Porque si era verdad, como me habían asegurado, que en Roma no se practicaban las trastadas de los estudiantes de Cartago, aquí los estudiantes se concertaban mutuamente para dejar de repente de asistir a las clases y pasarse a otro maestro, con el fin de no pagar el salario debido, faltando así a su palabra y despreciando la justicia por amor del dinero." (Confesiones V, 12, 22).

Ante esta situación, en el 384 se presenta a oposiciones a la Cátedra de Elocuencia en Milán por entonces residencia del emperador. Gracias al apoyo de influyentes amigos maniqueos como el prefecto Sínmaco, Agustín obtiene la cátedra.

Inicio del camino

Mónica, con aguda conciencia de su deber e inmenso amor de madre, fue en busca de Agustín a Milán. Cuando lo encuentra, ya había abandonado la secta maniquea, aunque todavía no era católico. Pensando en el futuro de su hijo y en un posible matrimonio, despidieron a la concubina que regresó a África: "*Arrancada de mi lado, como un impedimento para el matrimonio, aquella con quien yo solía compartir mi lecho; mi corazón, sajado por aquella parte que le estaba pegado, me había quedado llagado y manaba sangre*" (Confesiones VI, 15, 25).

En Milán conoce al obispo Ambrosio. Agustín se siente cautivado por su amabilidad y comenzó a frecuentar con regularidad sus predicaciones, muchas veces acompañado de su madre, "*Aun cuando no cuidaba de aprender lo que decía, sino únicamente de oír cómo lo decía —era este vano cuidado lo único que había quedado en mí, desesperado ya de que hubiese para el hombre algún camino que le condujera a la Verdad—, venían a mi mente, juntamente con las palabras que me agradaban, las cosas que despreciaba por no poder separar unas de otras, y así, al abrir mi corazón para recibir lo que decía elocuentemente, entraba en él al mismo tiempo lo que decía de verdadero; pero esto por grados.*" (Confesiones V, 14, 24).

En la primavera del 386 Agustín tenía 31 años, era un prestigioso profesor de retórica en la escuela imperial de Milán y fue encargado de redactar y pronunciar el discurso oficial del Emperador Valentiniano ante toda la corte. Estaba a las puertas de la riqueza y de la gloria, pero no era un hombre feliz: "*Sentía vivísimos deseos de honores, riquezas y matrimonio, y tú te reías de mí. Y en estos deseos padecía amargosísimos trabajos, siéndome tú tanto más propicio cuanto menos consentías que hallase dulzura en lo que no eras tú. (...) ¡Qué miserable era yo entonces! Cómo obraste conmigo para que sintiese mi miseria en aquel día en que —como me preparase a recitar las alabanzas del emperador, en las que había de mentir mucho, y mintiendo había de ser favorecido de quienes lo sabían— respiraba anheloso mi corazón con tales preocupaciones y se consumía con fiebres de pensamientos insanos*" (Confesiones VI, 6, 9).

El sacerdote Simpliciano lo introduce en la lectura de los filósofos neoplatónicos ayudándole a superar el materialismo intelectual: Dios es espíritu, el mal no es una sustancia sino la ausencia y privación de bien, todo procede de Dios y disfrutar de la verdad es en realidad gozar de Dios. "*Alertado por aquellos escritos que me intimaban a retornar a mí mismo, entré en mi interior guiado por ti; y lo pude hacer*



porque tú te hiciste mi ayuda (Sal 29,11). Entré y vi con el ojo de mi alma, comoquiera que él fuese, sobre el mismo ojo de mi alma, sobre mi mente, una luz inmutable, no esta vulgar y visible a toda carne ni otra cuasi del mismo género, aunque más grande, como si ésta brillase más y más claramente y lo llenase todo con su grandeza. No era esto aquella luz, sino cosa distinta, muy distinta de todas éstas. Ni estaba sobre mi mente como está el aceite sobre el agua o el cielo sobre la tierra, sino estaba sobre mí, por haberme hecho, y yo debajo, por ser hechura suya. Quien conoce la verdad, conoce esta luz, y quien la conoce, conoce la eternidad. La caridad es quien la conoce.” (Confesiones VII, 10, 16).

La conversión

Las explicaciones del obispo Ambrosio le habían ayudado a descubrir el significado espiritual de las Sagradas Escrituras y a elevar su alma hacia Dios. “Me admiraba de que te amara ya a ti, no a un fantasma en tu lugar; pero no me sostenía en el goce de mi Dios, sino que, arrebatado hacia ti por tu hermosura, era luego apartado de ti por mi peso, y me desplomaba sobre estas cosas con gemido, siendo mi peso la costumbre carnal. Pero conmigo estaba tu memoria, ni en modo alguno dudaba ya de que existía un ser a quien yo debía adherirme, pero a quien no estaba yo en condición de adherirme, porque el cuerpo que se corrompe agobia el alma y la morada terrena deprime la mente que piensa muchas cosas (Sab 9,15).” (Confesiones VII, 17, 23).

En esa situación recibió la visita de Ponticiano, coterráneo suyo y “cristiano de largas y frecuentes oraciones”. Le cuenta la vida de san Antonio Abad y la historia de los jóvenes cortesanos de Tréveris que acababan de dejar a sus novias para consagrarse a Dios, ambas historias animan a Agustín a optar por la búsqueda de Dios en vida común y en la castidad. “Buscaba yo el medio de adquirir la fortaleza que me hiciese idóneo para gozarte; ni había de hallarla sino abrazándome con el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús (1 Tim 2,5), que es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos (Rom 9,5) el cual clama y dice: Yo soy el camino, la verdad y la vida (Jn 14,6), y el alimento mezclado con carne que yo no tenía fuerzas para tomar. (...) Pero yo, que no era humilde, no tenía a Jesús humilde por mi Dios, ni sabía de qué cosa pudiera ser maestra su flaqueza.” (Confesiones VII, 18, 24).

La adhesión a Cristo la toma en el famoso jardín de Milán cuando acompañado de su amigo Alipio “Lloraba con muy dolorosa contrición de mi corazón. Pero he aquí que oigo de la casa vecina una voz, como de niño o niña, que decía cantando y repetía muchas veces: «Toma y lee, toma y lee». (...) reprimiendo el ímpetu de las lágrimas, me levanté, interpretando esto como una orden divina de que abriese el libro y leyese el primer capítulo donde topase. (...) Así que, apresurado, volví al lugar donde estaba sentado Alipio y yo había dejado el libro del Apóstol al levantarme de allí. Lo tomé, lo abrí y leí en silencio el primer capítulo que se me vino a los ojos, que decía: ‘Nada de comilonas y borracheras; nada de lujurias y desenfrenos; nada de rivalidades y envidias. Revestíos más bien del Señor Jesucristo y no os preocupéis de la carne para satisfacer sus concupiscencias.’ (Rom 13,13). No quise leer más, ni era necesario tampoco, pues al punto que di fin a la sentencia, como si se hubiera infiltrado en mi corazón una luz de seguridad, se dispusieron todas las tinieblas de mis dudas.” (Confesiones VIII, 12, 29).

Unos cuantos días después, durante el otoño de 386, habiendo renunciando a su cátedra, se retiró con Mónica, Adeodato, y sus amigos a Casicíaco, una propiedad campestre de Verecundo, para allí dedicarse a la preparación del bautismo mientras

profundizaba la búsqueda de la verdadera filosofía que para él ya era inseparable del cristianismo. Mónica vivió con júbilo la vigilia pascual del 24 de abril del 387, en la cual Agustín, con 33 años, su nieto Adeodato y el amigo de estos, Alipio, reciben el bautismo de manos del obispo Ambrosio. Dice Agustín de su hijo Adeodato que por entonces “tenía unos quince años; pero por su inteligencia superaba a muchos y grandes varones” (*Confesiones 9,6,14*).

El éxtasis

Después del bautismo todos ellos se trasladaron a Ostia Tiberina, el puerto de Roma, y allí quedaron a la espera del primer barco hacia África. Durante esta estancia aconteció el “éxtasis” compartido por Mónica y Agustín. “Tú sabes, Señor, que en aquel día, mientras hablábamos de estas cosas —y a medida que hablábamos nos parecía más vil este mundo con todos sus deleites—, ella me dijo: Hijo, por lo que a mí toca, nada me deleita ya en esta vida. No sé ya qué hago en ella ni por qué estoy aquí, muerta a toda esperanza del siglo. Una sola cosa había por la que deseaba detenerme un poco en esta vida, y era verte cristiano católico antes de morir. Superabundantemente me ha concedido esto mi Dios, puesto que, despreciada la felicidad terrena, te veo siervo suyo. ¿Qué hago, pues, aquí?” (*Confesiones IX, 10, 26*). Cinco días más tarde fallecía Mónica a los 56 años de edad dejando un gran dolor en Agustín y Adeodato.

Vida común en Tagaste

Después de la muerte de su madre Agustín permanece un tiempo en Roma indagando sobre la vida de los monjes y escribiendo contra los maniqueos. Antes de su conversión, había pensado fundar una especie de fraternidad en vida común con algunos amigos y discípulos, deseosos, como él, de profundizar en las cuestiones fundamentales de la filosofía buscando la verdad; una vez bautizado lleva a cabo aquella idea, pero inspirada ahora en la primera comunidad cristiana de Jerusalén, dedicándose a la búsqueda de Dios en vida común, estudio y oración.

“Tú, que haces morar en una misma casa a los de un solo corazón’ (*Sal 67, 7*), nos asociaste también a Evodio, joven de nuestro municipio, quien, militando como ‘agente de negocios’, se había antes que nosotros convertido a ti y bautizado y, abandonada la milicia del siglo, se había alistado en la tuya. Juntos estábamos, y juntos, pensando vivir en santa concordia, buscábamos el lugar más a propósito para servirte, y juntos regresábamos al África.” (*Confesiones IX, 8, 17*). En el 388, Agustín se estableció en Tagaste donde, después de vender su modesto patrimonio familiar, comienza a vivir como siervo de Dios, poniendo todo en común con sus amigos y su hijo Adeodato que fallecerá con 17 años.

Agustín, sacerdote

Agustín fue siervo de Dios por propia elección, mientras que sacerdote, obispo y polemista sólo fue arrastrado por las circunstancias. Entendía que el servicio a la Iglesia es servicio a Cristo, y la caridad está por encima de todas las demás cosas. Agustín descubre que el cristiano crece no conociendo más, sino sirviendo mejor. El criterio de perfección cristiana no es el conocimiento sino el amor. El amor de Agustín a la Iglesia, cuerpo de Cristo, es lo que le impide negarse a lo que el pueblo fiel solicita, aunque esto suponga cambios no deseados en su vida.

El año 391 Agustín viaja a Hipona con el propósito de ganar para la vida monástica a un amigo. Allí el anciano obispo, Valerio, buscaba una ayuda para continuar sirviendo a la iglesia de Hipona. La comunidad proclama el nombre de Agustín para el

sacerdocio. Agustín manifiesta al obispo que no puede prescindir de la compañía de los hermanos y Valerio le ofrece un huerto cerca de la iglesia donde puede continuar la vida en común fundando la primera comunidad monástica de Hipona: "*El amor a la verdad busca el ocio santo, y la urgencia de la caridad acepta la debida ocupación. Si nadie nos impone esta carga, debemos aplicarnos al estudio y al conocimiento de la verdad. Y si se nos impone, debemos aceptarla por la urgencia de la caridad. Pero incluso entonces, no debe abandonarse del todo la dulce contemplación de la verdad, no sea que, privados de aquella suavidad, nos aplaste esta urgencia.*" (La ciudad de Dios XIX, 19).

Agustín obispo.

Mas tarde hacia el 395, Valerio le ordena obispo y Agustín acepta por los mismos motivos, pero ello suponía un nuevo reto para su vocación monástica: "*Llegué al episcopado y me percaté de que el obispo tiene la necesidad de ofrecer hospitalidad a los que sin cesar van y vienen, pues si no lo hiciese se mostraría inhumano. Delegar esa función al monasterio parecía inconveniente. Por esa razón opté por fundar en esta casa episcopal el monasterio de clérigos*". (Sermón 355, 2). En ella acogió a cuantos sacerdotes estaban dispuestos a vivir el ideal de la pobreza evangélica poniendo todo en común según el modelo de la primitiva iglesia de Jerusalén, a vivir en amistad fraterna, en oración, en estudio y trabajo.

Agustín durante estos años de su vida se dedica principalmente a la defensa y unidad de la Iglesia católica. Sin olvidar el cuidado de sus fieles de Hipona, continúa en su búsqueda de la Verdad predicando, escribiendo y discutiendo con diferentes grupos que debilitaban la unidad de la Iglesia: maniqueos, donatistas, arrianos, pelagianos, priscilianistas, ...

El 28 de agosto del año 430, muere Agustín cuando Hipona era asediada por los vándalos. Tenía 76 años de edad y casi 40 de servicio a Dios y a la Iglesia.

Agustín sigue vivo en sus escritos porque están escritos desde el corazón "*¿Qué es mi corazón, sino un corazón humano?*" (La Trinidad 4,1). Con su doctrina sigue iluminando nuestro camino y su pensamiento es fuente segura para los seres humanos de todos los tiempos porque brota directo del conocimiento experiencial de Dios, prenda de vida eterna. "*El mismo amor es nuevo y eterno; es siempre nuevo, porque jamás envejece*" (Comentario sobre los salmos 149,1).

P. Pedro Luis Moráis